

CARIDAD

entrar en su domicilio a la linda se-
ñora.

—Tome usted, pobre amigo — le di-
jo. — Aquí tiene usted un traje, to-
davía en buen uso, con el cual podrá
abrigarse. Era de mi marido. No me
lo agradezca, no bese mi mano. Nada.
¡Adiós!

Y salió de allí con la mayor sen-
sillez.

El sorprendido fué el pobre viejo
cuando vió que el traje de la linda se-
ñora de Lamas era un elegante traje
de «tennis», cortado a la última mo-
da, extremadamente ceñido de cin-
tura.

¡Qué éxito iba a tener cuando pi-
diese limosna en los puentes!

¡Caridad! ¡Caridad! ¡Oh supremo
adorno de los ricos!

La señora de Lamas sin tomar alien-
to, muy satisfecha y algo conmovida
por su propia generosidad, se dirigió
en seguida a casa de una vieja que le
habían recomendado y que vivía en
una buhardilla.

¡Pobre vieja! Sólo estaba vestida con
un pañuelo deshilachado y un corpiño
harapiento. Su cuerpo tembloroso in-
clinábase hacia el suelo, y su cara era
una pura arruga.

Afortunadamente, estaba allí la her-
mosa señora, y todo iba a cambiar.

—Buena vieja — le dijo. — Despo-
jese de esos trapos y póngase esta ves-
tido mío que le traigo.

¡Qué vestido!

Un lindo traje de seda, muy esota-
do, sin mangas, y que llegaba apenas
a las rodillas. ¡Encantador!

No obstante, la buena vieja quedóse
confusa y aturdida.

—Tómelo usted — insistía la seño-
ra. — Es para usted. Y ahora, ¡hacia
la vista, niña mimada!

□ □

Y por la noche, al regresar a casa,
la hermosa señora de Lamas refería
sus visitas de caridad a su hija, que,
admirada de su madre, le prometió
imitarla cuando fuera mayor.

Decía un zapatero a un sastre:

—¿Sabes por qué hacen tanto ruido
las botas de ese?

—¿Por qué?

—Porque aun no me las ha pagado.

—En tal caso, también le chillaría
el sobretodo.

EL ESPAÑOL, por Gómez de la Serna

El artículo que hizo dormido

El escritor se había levantado tar-
de. La noche anterior había estado
hasta las diez de la mañana de su
hoy. Es decir, un lío de horas, de
tiempo y de sintaxis.

El escritor veía ya una especie de
atardecer precoz, como si en la mañ-
ana hubiese un eclipse de sol. Se ha-
bía levantado más tarde que ningún
día; pero es que después de haber ul-
timado otros trabajos no había que-
rido dejar de hacer su artículo diario,
vió el artículo que llevaba todas las ma-

En la barbería:
—En esta casa no tiene usted más
revistas que sólo se ocupan de críme-
nes...

—Son... y útiles.

—No... preñado...

—Sí, señor, la cuestión es poner los
pelos de punta.

El cajero del restaurant. — Esta
moneda es mala.

El cliente. — ...como la comida...

—¡So feo! — decía un borracho a
un mozo en un restaurant.

Amostazado le dijo éste:

—Hombre, ¿no sabe usted decir más
gracia que esa?

—Es que necesito repetirla mucho,
porque una comida no da tiempo pa-
ra decir todo lo feo que es usted.

—Mi mujer se ha escapado...

—¿Y piensas seguirla?

—No, me voy yo también, no sea
que se arrepienta...

—Papá, ¿qué son antecesores?

—Pues... mira, yo soy un antecesor
tuyo, tu abuelo otro.

—¿Y por ese se dan tanto corte al-
guna gente hablando de sus anteceso-
res?

—En una exposición de Bellas Artes,
un pintor sirve de cicerone a una se-
ñora:

—¿Cómo — dice ésta — no hay en-
tre esos cuadros alguno suyo?

—No. Sólo se han expuesto obras
de autores muertos.

—¿Qué lástima no figure alguna de
usted!

—Querido, tengo una idea para un
folletín.

—Vamos a ver.

—El protagonista será un ciego,
¿comprendes? Calcula los millones de
ciegos que hay en el mundo. Todos
querrán leer...

—¿Cuánto vale este cuadro?

—Doscientos pesos.

—Le doy cincuenta.

—¿Cincuenta!... No me estoy mu-
riendo de hambre todavía.

—Buena... esperaré.

—¿Cómo se llama este vino?

—¿Por qué me lo pregunta usted?

—Porque, como está bautizado, de-
be tener algún nombre.



El buzo (saliendo del fondo del mar) — ¿Pero está lloviendo todavía?

(De «Passing Show», de Londres)

y los veía nuevos, recientes, origina-
les. Es que tenía alma de escritor, de
periodista, de enamorado, es decir, de
hombre que encuentra nueva cada día
a la mujer de todos los días.

—Bueno ¿y qué artículo envié yo
ayer a mi periódico? — se preguntó
de repente, un poco sobresaltado.

No daba con él en su memoria, mi-
raba a todos lados buscándole. No
estaba ni en las estanterías, ni junto
a aquel jarro azul, ni junto a aquel
cuadro, ni junto a nada.

Estaba vacío de la idea de su ar-
tículo de la noche anterior. ¿Cómo
principiaba? ¿Qué mayúsculas imi-
tando la imprenta escribió en su tí-
tulo?...

Nada. No podía dar con lo que
fuese.

—Es que estaba casi dormido...
Más rendido que nunca, sin aliento ya

— se dijo el escritor, pensando en có-
mo con los ojos apagados supo gaiar-
se por las cuartillas llenas de luz. Re-
cordaba haber mirado mucho, como el
que quiere entender lo que no entien-
de, lo que otra mano ha ido escri-
biendo. Aparado, deseoso de que se
liese el artículo, para acostarse, tira-
do de su alma como de la mano de un
niño que no quiere andar, acabó el ar-
tículo sonambúlico, que no sabía sobre
qué trataba.

Inquieto, esperó la noche para ver
el periódico, y en cuanto lo oyó vo-
car muy a lo lejos — alcanzando su
oído más lejos que nunca — lo man-
dó comprar.

—Ya es irreparable... Lo que ha-
ya dicho estará en él — pensaba —
y está ya en manos de todos...

Confiaba en su alma, en la que ta-
bía un mecánico raciocinio capaz de
escribir un artículo en medio de la
catalepsia, y confiaba en que si se ha-
bía equivocado y dormido mucho, fu-
ese todo una pura errata inacabable,
cuantiosa, desparramada por el ar-
tículo.

Por fin, ya con el periódico en la
mano, abrió los ojos con desgarrado
gesto. Buscaba el epígrafe de todos
los días. No lo encontraba. Quiso
abrir una hoja en dos, o sea en cuatro
páginas, como si pudiese exfoliarla co-
mo una lámina de cartón. Sólo al re-
pasar por tercera vez el periódico en-
contró su artículo... Se titulaba...
«Hora de justicia»... «¡Arreal!», ex-
clamó el escritor.

«Ese escritor de la erápula, ese gran
zangelotino, de cerebro pesado como el
de la vaca, de carne de panza de rep-
til...» leía el escritor, asombrado, de-
trás del verdadero nombre y apellido
del aludido. Así continuaba todo el
artículo. El escritor, nervioso, indign-
ado como ante una inmensa impru-
dencia, se dió un golpe con la cabeza
en la mesa y se quedó con esa apa-
riencia de muerte inanimada de los
polichinelas cuando se los cuelga, quan-
do se los deja en cualquier sitio des-
emperchados del brazo que los movía.

Le sacó de aquella postura, que adop-
tó para no reprimirse y no pensar
más en el estropicio, la llamada del
timbre. Abrieron y la muchacha anun-
ció: «Dos señores que han dicho que
tienen que ver irremisiblemente al se-
ñor». El escritor se dió cuenta de lo
que aquello significaba, y cuando de-
cía «ahora mismo voy» se oyó de nue-
vo el timbre.

—Vaya usted y diga a esos otros
dos señores que indudablemente han
llamado, que pasen también y que me
esperen en otra habitación... Esta
noche van a venir unas diez o doce
parejas de caballeros... Vaya usted
pasándolos a todos a distinta habita-
ción, y si coinciden demasiados, a los
últimos que lleguen los pase usted has-
ta a mi alcoba...

En efecto, toda la noche estuvieron
llegando caballeros en parejas, y el es-
critor a todos les contó el caso del
sueño. «Ahora bien: si ustedes o su
representado insisten, yo estoy por no
responder de mí aun habiendo cometi-
do el atentado en ese estado de sue-
ño». Nadie volvió, y al día siguiente
el escritor escribió un artículo de re-
ctificación que titulaba «El artículo
que escribí dormido».

